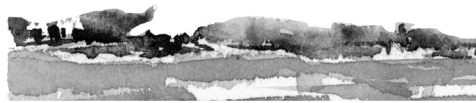


LOS VERSOS DE CORDELIA



36
LOS VERSOS DE CORDELIA

Fuera
de Encuadre



Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, noviembre de 2017

Edita: Reino de Cordelia
Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.

© Fermín Herrero, 2017

Ilustración de cubierta: © Beatriz García, 2017

IBIC: DCF
ISBN: 978-84-16968-30-5
Depósito legal: M-29576-2017

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Fuera de Encuadre

Fermín Herrero



Índice

qué habrá sido del hombre que se sueña...	11
solo fragmentos rastro me pronuncian...	13
cuanto perdimos nos sostiene, no exige...	15
a lo lejos se pierden con frecuencia...	17
en las redes caían los pájaros, antes...	19
hasta entonces pensaba, creo, que todo era...	21
en casa de la madre la pérdida...	23
los portugueses acampaban a la entrada...	25
tiraba piedras al estanque mientras...	27
porque somos despojos es inútil...	29
pronuncio sed y digo ruinas, una...	31
se alargaban las tardes y era otra...	33
lo que perdí del gesto, el ímpetu...	35
buscaba la señal...	37
es lóbrego el pasillo, me temo...	39

el sabor de sus noches y un potro...	41
un suave balanceo...	43
pasean por la playa el vendaval...	45
ser la quietud del agua hacia...	47
una mujer se rompe...	49
rodar o acantilado, así fuiste latiendo...	51
aquel que hacía nubes...	53
y para qué ocultar los cuerpos...	55
a diario escribía bajo...	57
decantación...	59
fuego del desaliento...	61
una casa con techos altos y un cuerpo...	63
un rostro me convoca sometido...	65
pequeños hombres sin cabeza se atreven...	67
buscaba de repente tus pupilas...	69
una mujer sin prisa me recorre...	71
hoy tuve un río que se hizo...	73
a la orilla del mar bailábamos mientras...	75
parado sobre el puente espero...	77
aunque el amor nos venza...	79
y tantas cosas que decirte y no...	81

como llevan las firmas la muerte...	83
amargo donde crece la ausencia, a cada...	85
si abriera esta página cargado...	87
he vivido sin ti y no...	89
de vuelta al animal que nos obliga...	91
aquí está: un epíteto incierto, desolación...	93
no llamaré a las puertas a punto...	95
vivía aún con ella del mismo...	97
se acaban las palabras pero no...	99
quién secretamente en la tarde...	101
duras sobre mi cuerpo bajo...	103
si me moviera lentamente...	105
una pella de arcilla me bastara...	107
solo después se alcanza la certeza, cuando...	109
ocurre que es difícil ser hombre y decir...	111
hay que mirarlo todo no vaya...	113
soy el invierno, nunca podré...	115
hay algo que dejaron atrás...	117
y si me fueran dadas las señales...	119
entre el todo y la nada nos destruye...	121
Nota de autor	123

Qué habrá sido del hombre que se sueña
cultivable y doblado bajo el peso
del recuerdo impunemente tergiversa

lo que fue. Qué habrá sido de su primera
persona como prueba de cargo cuando
filme el amor a cámara subjetiva y qué del ojo
que retiene, las hojas muertas, los labios,
la humillación del niño que vistieron

de marinero. Algo dirán
que no percibo cada vez que me duelen

y por eso es mejor darles su secuencia
sin ensayos ni tomas previas. Porque además

a menudo varía el plano con el tiempo
y a la sombra de aquel deseo apenas
les adeudo su persistencia en la retina
bajo el efecto Kulechov.

solo fragmentos rastro me pronuncian
completo.

Sube un olor a cuadra por la noche
llorosa, ni unos brazos que te acunen
o luego tras los besos
la frontera.

Y nada más partir de nuevo
al raso, el miedo en cada cruce
de palabras. Solo retales fijos, fuera
de campo relamen sus pesebres. Y siempre
en la distancia. Cabe ignorar

su impulso o someterse

cuanto perdimos nos sostiene, no exige
otra belleza que la reconstrucción.
Es raíz y por eso espera —sabe—
y al extirparlo sangra. Pero al menos allí
no caben más devastaciones

a lo lejos se pierden con frecuencia
al traspasar ribazos, pero es seguro
que avanzan hacia mí. Acabo

de divisar al oso entre los trigales
pero mi madre, ajena al peligro, murmura
estimaciones sobre el celo
de las vacas. De pronto advierto con horror
que agitan látigos como los domadores

de leones y decapitan espigas
a su paso. Mi madre se entretiene
cogiendo té de risco con la pena
del cereal sumido —qué raro en este mes,
me pregunto, y no puedo dominarme—.

El cierzo empuja nubes en bandada, no mires.
Se acercan

en las redes caían los pájaros, antes
del alba, condenados por la fijeza
de su vuelo. Que nadie toque

sus alas inseguras que apresaran
un día el frenesí del aire. El hombre
nada vale, asesina, nada valen
sus palabras de triunfo frente
al llanto de los niños.

Morían muy despacio sobre mi pesadumbre
como los cerdos en la corte, sangrando
sin consuelo, o los gatos en el río. No volveré
a casa porque el hombre nada

vale, ni al patio de la escuela
con su amargura de pedrada y tiza.

Que nadie toque el corazón
de los lagartos lapidados. Ni el sueño
de mis alas

hasta entonces pensaba, creo, que todo era
explicable o bien lo sería más adelante
—cuando seas mayor lo entenderás,

a su debido tiempo—. Era verano
y siesta —cada vez que lo escucho
me vuelve aquel bochorno—. Ella
apareció sin ruido, por las rendijas de luz

el polvo del somero apenas
distráa mis ojos de dibujos
animados. Después llegó el pastor. Se oían
los ratones, fumaron en silencio, creo,
y luego todo fue muy rápido. No advertí

su efecto retardado. Muchas veces
he visto, he repetido la misma
escena, o parecida. Sigo
sin comprenderla

en casa de la madre la pérdida
del tacto no es posible. Miro
tras el cristal la tarde, una extensión
sin árboles durante largos días.

Probablemente sea falsa esta luz
de otoño que me arrulla,
me retiene a resguardo
en la casa redonda y con embozo, porque

con frecuencia un sabor a manzanas
verdes, casi maduras, me envenena
de piel y fiebre. Siento
sus brasas a escondidas, una lengua
sobre mi sexo inquieto. Miro

tras el cristal durante largos
años. Sus manos me protegen